



POLÍTICA

Populismo y elitismo

L

RAFAEL GUMUCIO

os peligros del populismo son por todos conocidos. Cualquiera que viva en países tan distintos como Venezuela, Estados Unidos, Rusia, Reino

Unido o Ecuador conoce los acentos, las risas forzadas y el espanto que el caudillo y su gente saben convocar. Da lo mismo si luchan por el socialismo del siglo XXI o la renovación del capitalismo del siglo XV, el centro de su discurso tiene que ver con las élites a las que culpan de todos o de casi todos los males. Más allá de la izquierda y la derecha, dice el populista, está el sentido común del pueblo, del hombre común, convertido en nación, raza, clase obrera, continente.

Extrañamente, esa idea de estar más allá de la izquierda y la derecha es algo que comparten con el elitismo, o la tecnocracia, como se suele llamar el gobierno de los posgraduados, los especialistas. El gobierno de los mejores comparte con el de los peores la convicción de que las ideas importan menos que quienes las emiten.

En el populismo, si el pueblo se equivoca, se equivoca correctamente. En el elitismo, si el especialista se equivoca, se equivoca especialmente bien. El elitismo y el populismo comparan un mismo desprecio por la política, entendida esta como un debate entre razones y pasiones diversas e igualmente válidas en que no se sabe de avance quién va a definir el destino. El populista desprecia las minorías tanto como el elitismo desprecia las mayorías porque los dos renuncian de entrada a conquistar el corazón del otro bando, porque a los dos les basta el terreno conocido para gobernar.

El populismo y el elitismo se piensan a sí mismos como dos ideas fundamentalmente prácticas. El populismo compara el Estado con la casa o el alma-

cén que el votante sabe ordenar sin que los sabiondos le digan qué hacer y qué no. El elitista suele elegir como ejemplo el cenáculo de la universidad o, en su defecto, un directorio de empresa, una junta de accionistas altamente informados que saben de “políticas públicas”, es decir de políticas sin público, es decir de política sin políticos. De manera distinta, el elitismo y el populismo desconfían de la democracia representativa, sistema que institucionaliza la voluntad del pueblo pero que somete al mismo tiempo a la élite al perpetuo juicio y control del vulgo. El líder o sus ministros, el rey o sus barones, cuando son los adecuados, no deben estar para obedecer los designios de la ruleta rusa de las elecciones. ¿Para qué cambiar a los elegidos por la fortuna, la fuerza o las notas en la universidad? ¿Por qué permitir la incerteza de dejar de ser o no ser nunca popular? El populista cree que el diálogo debe ser entre el líder y el pueblo sin intermediario. El elitista sueña con quitar al pueblo y el líder de la ecuación y quedarse solo con los intermediarios.

El populista promete así una serie de panaceas que no está dispuesto



sonal de la candidata, sino como la señal de que esta pertenece a la élite que sabe siempre lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo. Esta visión contraintuitiva de la realidad que le permitió a Galileo concluir que la Tierra no es plana como se ve, pero que no le permitió ver a Hillary Clinton que la guerra de Irak era una trampa y una trampa mortal las facilidades para invertir que su marido legó a los inversionistas, para cumplir la promesa nunca formu-

El elitismo y el populismo comparten un mismo desprecio por la política, entendida esta como un debate entre razones y pasiones diversas e igualmente válidas.

puestos se pierden en esa “élite” de la política que solo se acerca al pueblo para pedir su voto y desaparecer en los altos círculos secretos y cerrados de la política para políticos. El populista no miente porque su objetivo no es la verdad sino algo anterior e independiente de ella, algo que suele llamar “sinceridad”, aunque no sea más que el más desatado cinismo. Al populista no lo tientan el dinero y el sexo porque ya los tiene. El populista quiere poder y no lo esconde. Lo exige como algo suyo de nacimiento porque sabe que el poder y su vulgaridad no pueden ensuciarlo más de lo sucio que está. De alguna forma se presenta como el chivo expiatorio, la bestia sacrificial que elige cargar con todos los pecados de la tribu para liberarla de su peso.

Lo que condena al elitista, en cambio, es su promesa de que el poder es otra cosa que la vulgaridad de ganar o perder, de callar o hacer callar. El elitista está obligado a elegir entre el poder y la razón, pero termina por usar la razón solo para justificar el poder. El populista le ahorra al pueblo esa acrobacia recordándole que el poder no necesita de razones ni de explicaciones ni de justificación alguna. Que el poder es su propia explicación, su propio derecho, su propia razón. El elitismo que alega para sí los favores del realismo es poco creíble porque suele despreciar lo poco que se parece la realidad a sus *papers*. El elitismo tiene la ventaja de ser de partida increíble.

Esta tensión dialéctica entre populismo y elitismo, que se demoraba años y décadas en manifestar todas sus posibilidades, se ha acelerado hasta el vértigo. La unión de las nuevas tecnologías y la crisis económica hace patente como nunca la distancia entre las élites y el pueblo. La sociedad de la información o del conocimiento divide de manera más patente que nunca a los que saben, los que emprenden, los que se atreven, los que tienen en la casa biblioteca, idiomas, experiencias, de los que no. El obrero de Detroit cree que el puesto de trabajo que perdió se fue a México. No sabe, no quiere saber, nadie

a cumplir. El elitista, al revés, suele cumplir con lo que no promete. Obama sacó del colapso la economía estadounidense, hizo solvente su banca, le dio la mano a Raúl Castro, restableció la confianza con Europa, pero no logró que los policías dejaran de golpear a los negros del gueto, que siguieron engrosando las cárceles donde los metió una ley dictada por Bill Clinton, el arquetipo mismo del político que cumple con las promesas de sus contrincantes, pasando por alto las aspiraciones de su electorado.

Es quizás esa la tragedia misma de la tercera vía: conquista al pueblo, gobierna para él pero lo hace desde una racionalidad, desde un lenguaje, desde una cultura que no es casi nunca la de los votantes de sus partidos, socialistas, laboristas o demócratas. El desfile de actores de Hollywood, de los intelectuales públicos o no, de las razones razonables que todos los expertos en políticas públicas esgrimieron en defensa de Hillary Clinton, hundió su candidatura mucho más que su torpeza o su frialdad. Porque esa frialdad, esa torpeza no fue percibida como un atributo per-

lada de convertir a Estados Unidos en un país tan próspero como desigual.

El populismo de Trump, como el de Chávez, como el de Perón o la familia Le Pen, es fruto de una rebelión contra el elitismo que suele anteceder siempre a su llegada al poder. La conjura de los necios es quizás justamente la de los sabios, que ni en Venezuela ni en Estados Unidos ni en Francia supieron ver que su retórica desideologizada, su infantilización permanente del público y finalmente su cercanía incestuosa con la élite económica eran el terreno fértil de los fuertes, los inescrupulosos que encuentran en la corrupción de los bellos, de los inteligentes, de los sabios, una especie de santificación de sus propios negocios, chantajes, mentiras o robos francos y abiertos. El populista en todos estos países y otros más no pretende ser mejor que la élite que reemplaza, le basta solo con demostrar en los hechos que esta era vendible, arrendable, que carecía justamente de la dignidad, de la enaltecida superioridad de que hacía gala.

Trump no paga sus impuestos porque según su visión del mundo los im-

quiere que sepa, que ese puesto de trabajo ya no existe, que lo llena una máquina o más bien un nuevo sistema de fabricación de autos que hace inútil su presencia aunque peligrosa su ausencia.

La realidad inasumible de la nueva economía son justamente esos miles y miles de personas que no trabajan o lo hacen en puestos innecesarios, en superfluas pero ahogantes jornadas en las que todos jugamos en ocuparnos. El populismo no les miente a los obreros del carbón cuando les recuerda hasta qué punto las élites los encuentran obsoletos e innecesarios. Tampoco les mienten cuando les dicen que hay dinero de más para alimentarlos, vestirlos y permitirles pasar sus vacaciones, ojalá largas, en cualquier playa del mundo.

El populismo empieza a mentir recién cuando agita ante esos desempleados el fantasma de un mundo ido, un pasado prometedor que ya no volverá. Entre el pasado que la nostalgia embellece y el futuro que la ansiedad aprieta, es normal que las mayorías elijan el primero. La élite parece haberse despreocupado de lo único que debería ocuparle: la dura tarea de organizar el presente. Preocuparse desde el conocimiento técnico de la reconversión de esos obreros, de esos mineros, de esos funcionarios, que no aprendieron a tiempo a ablandar más sus habilidades blandas.

El presente no puede tener ni el encanto de la nostalgia ni el vértigo del futuro, pero resulta apasionante porque pide todo nuestro ingenio, nuestra capacidad de escuchar y de ver. Porque permite quizás entrever por primera vez el perfil de esa sociedad del ocio que Bertrand Russell creía inevitable. Organizar la libertad, no encuentro otra definición de la política en democracia. Mareados en las sirenas del pasado que ya no fue y del futuro que no será, populistas y elitistas han renunciado a la dura y apasionante tarea de preguntarse por el votante de ahora mismo. —

RAFAEL GUMUCIO es escritor. Este año Literatura Random House publicó su novela *El galán imperfecto*.



MÉXICO

Periodismo: entre el miedo y los hashtags



VERÓNICA CALDERÓN

o mataron saliendo del periódico. Javier Valdez, de cincuenta años, murió tiroteado en una calle de Culiacán el 15 de mayo.

El periodista, profundamente respetado, se había convertido en un referente para investigar el narcotráfico en México y su quehacer en una de sus cunas, Sinaloa. La imagen de su sombrero, manchado de sangre, se convirtió en un testimonio más de la sombra de crimen e impunidad que persigue a los periodistas en México. Pero no es el más reciente.

Apenas tres días después, Salvador Adame, un periodista que dirigía una pequeña televisora en la Tierra Caliente de Michoacán, desapareció. Tras cinco semanas de angustia, la policía encontró su cuerpo. A los criminales no les bastó con matarlo. Le prendieron fuego y abandonaron sus restos calcinados a las orillas de un sitio al que llaman la Barranca del Diablo.

Adame se convirtió en otro número, otra víctima. Otro nombre que añadir a la infografía. Un hashtag más.

Al menos 35 periodistas han sido asesinados en México desde 2010. La incapacidad de las instituciones creadas para solucionar el problema es tan inmensa que roza el ridículo. La Fiscalía Especial para la Atención de Delitos Cometidos contra la Libertad de Expresión (Feadle) tiene más letras en su nombre que soluciones en el mundo real. Desde julio de 2010 ha recibido 798 denuncias por ataques. Solo ha respondido a tres.

El gobierno mexicano, además, ha sido acusado de utilizar un programa para espiar a periodistas y activistas. El informe elaborado por el Citizen Lab de la Universidad de Toronto y las organizaciones R3D, SocialTic y Article 19 indica que el programa Pegasus fue utilizado para intentar espiar a por lo menos dieciocho personas. Presidencia respondió que “no había pruebas” a través de la imagen de una hoja sin ningún tipo de membrete que colgó en uno de sus perfiles en redes sociales.

Pero el verdadero drama del periodista en México se esconde tras las cifras. Su miedo se respira hasta en un mensaje de WhatsApp.

“Oye, quería pedirte ayuda. Queremos saber dónde podemos conseguir fondos para un chaleco antibalas”, escribe un periodista de veintipocos que trabaja en Guerrero. “Gracias por tu solidaridad. Estamos muy atentos. Yo ya no me meto en nada porque la cosa está muy fuerte”, opina otra colega de Michoacán. Explica sus razones. Desde un teléfono desconocido y que ahora no existe le enviaron un mensaje. “Me mandaron una foto de mis hijos saliendo de la escuela.”

Quien decide dedicarse al periodismo en México no solo tiene que sortear amenazas, espionaje, ataques, secuestro y muerte. Se enfrenta también a la autocensura, bajos sueldos, a directivos que, salvo contadas excepciones, no darán la cara por su trabajo. A la indiferencia social y al automático recelo. Si lo espionaron, pecó de descuidado. Si lo atacaron, se expuso. Si lo secuestraron, no tomó precauciones. Si lo mataron, se metió en donde no debía.

El problema, además, es tangible en el propio sueldo de los que se aventuran a hacer periodismo en México y en sus más básicas condiciones de trabajo.

Muchas empresas de medios pagan poco y tarde a sus colaboradores. Ni hablar de un protocolo de seguridad. Otras no tienen a sus trabajadores inscritos en la seguridad social y algunos prefieren recibir estos beneficios de empresas que nada tienen que ver con la información. “Es muy común que los periodistas estemos inscritos como trabajadores de farmacias o heladerías cuando trabajamos en un medio y no tenemos garantía de que si nos pasa algo se nos reconozca nuestro trabajo”, dice Julio Ramírez, exeditor de medios nacionales.

En resumen: muchos de los reporteros y editores de medios de comunicación en México, uno de los países más peligrosos para ejercer el perio-

dismo, pagan sus impuestos a través de farmacias o heladerías.

Una pequeña manifestación organizada por los colegas de Adame frente a la Procuraduría General de la República de México reunió más cámaras que personas. “Parece que gritamos a la nada”, dijo una de sus compañeras.

Tras la muerte de Miroslava Breach, periodista de Chihuahua, Javier Valdez escribió en su cuenta de Twitter: “A Miroslava la mataron por lengua larga. Que nos maten a todos, si esa es la condena de muerte por reportear este infierno. No al silencio.”

Los ataques continúan. A Carlos Barrios, del sitio web Aspectos de Quintana Roo, lo agredieron en mayo: le cortaron una oreja. Otros siete periodistas fueron atacados en Guerrero ese mismo mes. Fabián García dejó Nayarit tras recibir amenazas.

Desde hace muchos años ejercer el periodismo en Tamaulipas es una mala broma. “Nublados y lluvias predominarán en el sur”, dice un titular. “Más escuelas de verano”, reza otro. Los más osados se atreven a citar lo que dice la Secretaría de Seguridad Pública del estado: “La inseguridad no nos ha rebasado”. Hace años que los periodistas tamaulipecos optaron por el silencio a golpe de balas. *El Mañana*, de Nuevo Laredo, denunció que había sido amenazado por grupos de narcotráfico. Allí ya no hay crónicas, solo un conteo. Al menos 59 personas murieron asesinadas en dos meses: una por día.

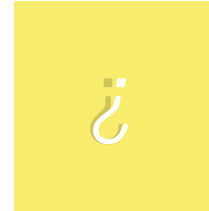
Dice uno de los lemas de protesta que “no se mata la verdad matando periodistas”. Quizá no la han matado, pero la impunidad, las malas condiciones de trabajo, las amenazas y los ataques la han hecho escurririza. El miedo al que espía, a los que matan, al que no paga, se respira.

Los hashtags y los retuits se acumulan. Los muertos también. —

VERÓNICA CALDERÓN es periodista. Es editora regional para América Latina y el Caribe en el Institute for War and Peace Reporting.

POLÍTICA

Pasiones catalanas



MARÍA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Qué nos ha ocurrido a los catalanes? ¿Cómo hemos podido pasar en poco tiempo de un 30% de separatistas irredentos a casi la mitad de los votan-

tes, arriesgando la unidad de España, y quién sabe si la de Europa? Esta erupción abrupta ha provocado muchas conjeturas. Ninguna ha sido satisfactoria, quizás porque no tenían suficientemente en cuenta el estudio científico de la naturaleza humana.

Algo que sí hace Adolf Tobeña en su libro *La pasión secesionista* (publicado por ED Libros), que se caracteriza por un gran descaro intelectual. Descaro por abordar problemas sociales desde la neurociencia y por estar escrito por un miembro del establishment académico y cultural de Cataluña.

Además de catedrático en la Universidad Autónoma de Barcelona, Tobeña ha sido Premi Avui, subdirector de la Universidad Catalana d'Estiu y es un habitual en programas de radio y televisión en Cataluña. Tratar desde la psicobiología un tema que parece territorio exclusivo de politólogos y juristas es difícil, y llevar este debate a foros políticos como sucedió más tarde tampoco sale gratis.

En la campaña electoral europea del 2014 participé dentro de la lista de UPyD y tuve ocasión de organizar actos con diversos científicos discutiendo sobre cuestiones políticas candentes. Uno de ellos cobijó la conferencia de Adolf Tobeña “La comunión independentista.

Neuropsicología del gregarismo nacional”, fruto de un estudio dedicado a demostrar que el proceso secesionista catalán está del todo alejado de cualquier emoción patológica, como insisten a veces determinados opinadores. La resaca posterior fue enloquecida. Aún hoy se refieren a nuestro autor como el “neurocientífico de UPyD” pese a que solo apareció una vez por allí y nunca fue militante del partido.

Al día siguiente de la conferencia, Catalunya Ràdio preguntaba qué estudios avalaban que el secesionismo catalán estuviera “vinculado a una anomalía de orden biológico”, a pesar de que su tesis era la contraria.

La siguiente parte de la historia tuvo lugar en Bruselas, donde actualmente soy diputada, coincidiendo con el ciclo de conferencias que impulso, Euromind, que intenta acercar la ciencia a la política. Su segunda edición, en abril de 2016, titulada “¿Nacionalismos perpetuos?”, contó, entre otros ponentes, con Adolf Tobeña y una versión de la misma conferencia que denominó “¿Una sociedad enajenada? Una disección psicobiológica del secesionismo catalán”. Días antes, algunos diputados independentistas y afines me acusaron en la prensa de estigmatizar el proceso y presentarlo como una enfermedad mental.

Los independentistas promueven la idea de que su auge no es sino el resultado previsible de una ciudadanía harta de seguir bajo la botá de un país opresor. La realidad es que ni hay colonización, ni la Guerra Civil fue una guerra entre españoles y catalanes, ni el idioma catalán está oprimido, ni nunca existió algo como un “expolio fiscal”. Esto ha sido reconocido incluso por los independentistas. Entonces, si no hay fracturas sociales irreparables o abusos de poder intolerables, y si esta reacción no se debe, como insiste Tobeña, a enajenaciones o delirios de la mente, ¿qué tenemos delante? La respuesta no es otra que un conflicto crudamente etnocultural, un litigio típicamente humano arraigado

en predisposiciones biológicas que no han desaparecido en la modernidad.

La pasión secesionista analiza el conflicto desde la psicología y la neurociencia social, y aborda la genética de las disposiciones etnocéntricas y los atributos vinculados a esas barreras entre poblaciones. Según Tobeña, es un error ver el nacionalismo moderno como un artefacto ideológico plenamente maleable. Las identidades no son un invento ex novo, tienen raíces profundas y de ahí que sean tan difíciles de erradicar. Como explicaba el estudioso del fenómeno étnico Pierre Van der Berghe, pionero en la sociobiología del nacionalismo, las identidades étnicas se fundamentan en relatos sobre ascendencia común, pero estos relatos tienen que ser creíbles para ser funcionales.

La propensión humana a formar grupos excluyentes es bien conocida, pero ahora los estudios con neuroimagen pueden señalar qué circuitos neuronales están implicados en los rasgos que fomentan el comportamiento favorista: ayudar a los propios y abominar de los ajenos. El estudio del conformismo grupal es otra área significativa a la luz del poder de adoctrinamiento de los medios de comunicación y las redes sociales. Muchas veces las ideas tienen éxito no por su poder de persuasión intrínseco, sino porque han traspasado el umbral del contagio social.

Y no son menores los hallazgos de la psicología social subrayando el poder de los símbolos en el espacio público. Entre ellos, banderas como la estelada, usada sistemáticamente para vestir las calles de ideología.

En cualquier caso, el independentismo no es una “enfermedad”. Aunque tentadoras para una parte de la opinión española desafecta, las explicaciones del secesionismo basadas en psicopatologías son erróneas. El brote secesionista arraigaría más bien en un arrastre gregario, pero natural, que no necesita de mentes enfermas para evolucionar.

La Constitución de 1978 pretendió zanjar los litigios históricos definiendo unas “nacionalidades” más o menos históricas. No lo logró. El monopolio

nacionalista de los gobiernos autonómicos en Cataluña continuó alimentando el conflicto y las reclamaciones de más competencias, hasta el punto de demandar al fin la plena soberanía. Este proceso se sustentó básicamente, según el autor, en “las clases medias de las comarcas, en ese semillero foral, devoto y de ascendencia carlista”. Para Tobeña, la explosión secesionista catalana es un fenómeno corriente, típico de litigios con vecinos. Siempre hay etnocentrismo y gregarismo larvado en las sociedades con tradiciones etnoculturales. Si a esto se añaden medios de persuasión masivos, adoctrinamiento, hazañas deportivas y un activismo subvencionado, de fingida espontaneidad, por parte de élites locales, obtenemos este resultado. Élites que necesitan avivar la llama de un agravio perpetuo para seguir ampliando sus apoyos y que han tenido enfrente a gobiernos quietistas y una oposición silenciada, coaccionada o comprada, o quizás simplemente incompetente.

La Unión Europea, ese sueño reciente de terminar con las divisiones históricas y domesticar las fronteras etnoculturales, no tiene un camino fácil. El fantasma de la desunión puede volver a aparecer si sus valores fundacionales son diluidos en una tolerancia blanda y un relativismo complaciente. La existencia de movimientos confesionales y patrióticos, a veces envueltos en banderas religiosas de pasados que creíamos extintos, son buena prueba de ello.

Todas estas reacciones comparan la aspiración de estrechar el círculo de la cooperación, de hacer a Europa más pequeña e insignificante en un orden internacional más beligerante. Si queremos evitar este escenario, que arriesga la seguridad, la paz y el bienestar de nuestros hijos, necesitamos un mejor diagnóstico de la situación. Y este libro de Adolf Tobeña, ágil, vivo y sin complejos, es de una ayuda inestimable. —

MARÍA TERESA GIMÉNEZ BARBAT es eurodiputada de ALDE. Lleva la página web www.terceracultura.net

CIENCIA

“ LA MENTE
CONSCIENTE ES
COMO EL ARMARIO
DE LAS ESCOBAS
EN LA MANSIÓN
DEL CEREBRO ”

DANIEL
GASCÓN
entrevista a

DAVID
EAGLEMAN

D

avid Eagleman (Albuquerque, 1971) es escritor y neurocientífico. Profesor en Stanford, es autor de

dos libros de divulgación científica, *Incógnito* y *El cerebro*, ambos publicados en Anagrama, y de una colección de relatos, *Sum*.

Una de las ideas de *El cerebro e Incógnito* es la fragilidad, o incluso la cualidad ilusoria, del individuo. Nos contamos historias a nosotros mismos, y también las inventamos sin querer. ¿Es el individuo una ilusión?

Sí. Estamos hechos de 37 billones de células, y estas células viven en una escala de tiempo y espacio muy distinta a nosotros. En términos de coo-

peración, todo el sistema funciona como un solo organismo que se mueve. Damos a esos organismos nombres –como David o Sarah– para poder seguirlos. Pero hay una competición que ocurre en todas las escalas en el interior de estos organismos. En el cerebro, por ejemplo, hay distintas redes que quieren cosas distintas: una parte de ti quiere comer las galletas y otra parte no quiere comer las galletas. Esas redes pelean como partidos en un parlamento para llegar a decisiones. Sorprendentemente, al final de todo esto, seguimos atados a la persistente ilusión de que somos indivisibles: es decir, que somos individuos.

Escribe que vivimos en el pasado.

Cuesta medio segundo que las señales lleguen al cerebro desde los ojos, los oídos, la boca, la nariz, las puntas de los dedos. El cerebro recibe todas esas señales en momentos distintos, y luego tiene el difícil trabajo de unirlo todo para producir una idea coherente de la realidad. El resultado es que nunca experimentas el momento que está ocurriendo ahora. En vez de eso, experimentas una versión del mundo que ocurrió hace medio segundo, aproximadamente. Tu percepción del mundo es como un programa de televisión en directo. En realidad no se emiten en directo; se emiten con un pequeño retraso por si alguien se cae o se equivoca. Ves una versión levemente retrasada de esos programas. Del mismo modo, ves una versión levemente retrasada de la realidad.

¿Por qué las ilusiones ópticas y la sinestesia son tan importantes para entender cómo funciona el cerebro?

Cuando intentamos comprender la conciencia, somos como peces en el agua: nunca hemos visto otra cosa que no sea agua, así que es muy difícil reconocer o explicar. Las ilusiones ópticas son como una burbuja: hacen que el pez se pregunte si hay algo más grande detrás. En otras palabras, las ilusiones ópticas y condiciones interesantes co-

mo la sinestesia son entradas poderosas para entender la realidad y cómo esta se compara con nuestra percepción.

Cuando estamos en un accidente o una situación extraña nos parece que el tiempo va más despacio. Pero esta impresión es resultado de la interpretación de nuestra memoria.

El tiempo es memoria. Cuando el cerebro pregunta: “¿qué acaba de ocurrir?”, ya está sacando información de un mundo desaparecido: recurre a huellas de la memoria. Mis investigaciones han mostrado que cuando vivimos una situación que amenaza nuestra vida tenemos recuerdos más densos. Cuando los volvemos a leer, creemos que todo ocurrió a cámara lenta. La única interpretación de nuestro cerebro es que todo el acontecimiento debió de llevar más tiempo.

Aunque sus métodos son muy distintos, habla de Sigmund Freud y de su trabajo sobre el inconsciente. ¿Qué importancia tiene la parte inconsciente?

La mayor parte de lo que ocurre en el cerebro humano ocurre sin que nosotros lo sepamos o seamos conscientes. La mente consciente (la parte que cobra vida cuando te despiertas por la mañana) es como el armario de las escobas en la mansión del cerebro. Es la parte más pequeña de lo que está pasando. En la última década mi objetivo ha sido entender todas las operaciones que ocurren bajo la superficie de nuestra conciencia.

También habla de la importancia del contacto social, y del papel de las emociones para tomar decisiones morales correctas. La razón, por sí sola, escribe, puede ser peligrosa. ¿Por qué?

Nuestras vidas están profusamente coloreadas por la emoción, que representa una forma importante de cómo el cerebro interpreta y resu-

me el mundo. Mientras que la cognición nos da información detallada (como cuál es el siguiente movimiento de ajedrez que debemos hacer), las emociones nos dan información a mayor escala como “esta es una buena situación” o “esta es una mala situación”. Dejar esa parte fuera de la historia sería contar solo parte de la historia del cerebro. Muchos estudios muestran que la gente toma decisiones distintas cuando recurre a un sistema u otro; las interacciones humanas óptimas parecen producirse como consecuencia de ambas.

Dice que lo que sabemos del cerebro debería producir cambios en el sistema legal.

Mi argumento general es que para construir un mejor sistema legal, necesitamos tener una mejor comprensión del cerebro. Esto se debe a que nuestros sistemas legales (en todo el mundo) operan bajo la conveniente ilusión de que todos los cerebros son iguales. Pero hace mucho que la neurociencia ha revelado que los cerebros humanos son muy distintos entre sí. Entender la compleja red de factores que llevan a una persona ante los tribunales no deja a esa persona libre, pero sugiere formas de construir un sistema legal que mire hacia delante. En un sistema de esas características, el castigo no es el objetivo central; es preguntarse: ¿qué es lo más útil que podemos hacer a partir de aquí? En otras palabras, gente con distintos problemas —esquizofrenia, psicopatía, drogadicciones, tumores cerebrales, etc.— puede seguir caminos distintos. Eso construye un sistema que no finge que la encarcelación es la solución adecuada para todos.

Los descubrimientos sobre el funcionamiento del cerebro, y algunos de los casos que menciona, han reabierto el debate sobre el libre albedrío. Para algunos, lo que sabemos reduce la idea de libre albedrío y de responsabilidad personal.

En este momento, la mayoría de los neurocientíficos creen que no tenemos libre albedrío. ¿A qué se debe esta loca afirmación? Es porque, por lo que podemos saber, todas las partes del cerebro son impulsadas por otras partes del cerebro. En otras palabras, no hay parte del cerebro que sea libre para operar fuera del dominio de la física básica. Es un sistema fantásticamente complejo, pero a medida que el cerebro toma nuevos aportes avanza al siguiente estado del sistema. Ahora bien, es posible que nuestra ciencia sea demasiado joven para entender el libre albedrío y lo que queremos decir cuando hablamos de él, pero en este momento no parece que haya un “fantasma en la máquina”.

En la última parte del libro, habla del futuro, de la evolución de la tecnología. Por ejemplo, describe VEST, que ayuda a oír a la gente. ¿Cuáles le parecen las áreas más prometedoras?

Para mí, una de las cosas más emocionantes tiene que ver con la forma en que el cerebro construye la realidad. Tenemos ventanas hacia el mundo que han evolucionado a lo largo de millones de años: ojos, oídos, nariz, lengua, puntas de los dedos. Y esta es la única forma en que podemos percibir los datos del mundo. Pero con las tecnologías que estamos construyendo ahora, como VEST (Neosensory.com), podemos expandir drásticamente el tipo de información que podemos darle al cerebro, y por tanto la experiencia consciente que podemos tener.

¿Cuál es el misterio del cerebro que más le intriga?

La conciencia: ¿cómo es posible que una colección de trozos y partes acabe teniendo *experiencia*, como el sabor del queso feta, el olor de la canela, el rojo del rojo, el dolor? Si programáramos un ordenador para identificar esos estímulos, podría hacerlo, pero proba-

blemente no tendría una experiencia asociada. En vez de eso, solo movería ceros y unos para encajar con un patrón y ahí quedaría todo. Así que la cuestión es cómo (y por qué) nuestros miles de millones de neuronas generan la sensación de *cómo* es estar vivo.

La neurociencia ha ganado mucha relevancia en los últimos años. Pero también ha recibido críticas: por ejemplo, se han usado sus aportaciones de maneras que no eran científicas, se ha criticado la fiabilidad de algunos estudios.

La neurociencia es como cualquier otra rama de la ciencia: los estudios se deben realizar de forma muy cuidadosa con pruebas controladas aleatorizadas, y con lo mejor del método científico. El público debe ser educado sobre cómo hay que absorber e interpretar nuevas afirmaciones. En general, todas las formas de la ciencia tienen un porcentaje de experimentos que son discutibles y no lo suficientemente exigentes, pero la belleza del método científico es que esas arrugas se planchan con el tiempo.

Sus libros son muy narrativos, y están llenos de personajes y relatos de experimentos. Pero también ha escrito una colección de relatos y estudió literatura. ¿Qué le aporta la escritura de ficción?

Veo la ficción como una extensión de la ciencia. En el laboratorio generamos preguntas del tipo “¿y si?” y luego tenemos reglas particulares para responderlas. En la ficción generamos también cuestiones del tipo “¿y si?” y luego utilizamos otra caja de herramientas para explorarlas, a menudo cubriendo un territorio más amplio. La ficción empieza donde el método científico termina. —

DANIEL GASCÓN (Zaragoza, 1981) es escritor y editor de *Letras Libres*. En 2013 publicó *Entresuelo* (Literatura Random House).



FOTOGRAFÍA

Disparos que hacen preguntas



**SILVIA CRUZ
LAPEÑA**

donde se expone hasta el 10 de septiembre una de las mejores retrospectivas del fotógrafo estadounidense realizadas hasta la fecha. En su presentación conversó con Enrica Viganó, comisaria

res euros cuesta entrar en el alma de Duane Michals: es el precio de la entrada a la Fundación Mapfre de Barcelona,

de la muestra, y dejó claro por qué se le considera el fotógrafo más libre de su generación: “Amo mi trabajo comercial”, dijo riendo como un chiquillo. “Si no tienes herencias, ni pisos, ni dinero, hay que trabajar para hacer lo que te apasiona. El día que me di cuenta, entendí que esa es la verdadera revolución y fue liberador.” Así se expresa quien ha retratado a Madonna, Sean Penn o Meryl Streep, publicado en *Life* o hecho publicidad para Microsoft con el fin de dedicarse a lo que ama: madurar un estilo con el que se ha situado más cerca de la poesía que de la fotografía.

Michals se hizo fotógrafo por casualidad. Fue durante un viaje a Rusia que hizo en 1958, donde retrató a unos niños y a alguien le interesó el objetivo desolado con el que los captó. Sus influencias están claras: la pintura metafísica de Magritte o De Chirico, pero también los versos de Walt Whitman, leídos por primera

vez en un ejemplar de *Hojas de hierba* que compró siendo un chaval con los ahorros de su trabajo como repartidor de diarios.

“Las fotografías sorprendentes no sorprenden porque escandalicen, sino porque exponen pequeñas imaginaciones desesperadas.” Así resume Michals lo que a él le interesa: lo que la gente oculta, lo que no dice que piensa. Nunca ha querido ni quiere captar la verdad, tampoco ser objetivo. No busca dar respuestas, dice, porque es imposible, ya que “lo que se ve es una parte demasiado pequeña de lo que ocurre”. La serie “El espejo de Alicia” es un ejemplo: con ella, el fotógrafo de Pensilvania usa la luz y la cámara

Michals rompió todas las normas porque no las conocía. Nunca estudió fotografía y cuando aprendió algo, prefirió olvidarlo. Sus tomas están impresas en un formato minúsculo, por eso a ratos el paseo por la muestra provoca la sensación en el espectador de estar en el estudio de alguien que colgó en la pared sus negativos, no las copias. “Nunca confíes en una fotografía tan grande que solo pueda caber dentro de un museo”, dejó escrito en el manifiesto “De cómo la fotografía perdió su virginidad en el camino hacia el banco” y que al contrario que sus tomas, es enorme y ocupa una pared entera de la Casa Garriga i Nogués. Esa declaración la redactó el artista hace cincuenta años,

Michals se hizo fotógrafo por casualidad. Fue durante un viaje a Rusia que hizo en 1958, donde retrató a unos niños y a alguien le interesó el objetivo desolado con el que los captó.

para intentar adivinar qué le pasa a la modelo, no cómo luce. A Michals no le interesa “el momento decisivo”, la noticia o el dato. Él quiere saber qué le pasa por dentro al ser humano. El mismo objetivo tiene con su última inquietud: los cortometrajes, de los que pueden verse un par de muestras en esta exposición.

Esa forma de hurgar en corazón y seso la aplica también a su vida y su persona este hombre de 85 años de energía inagotable. Por eso resultan tan perturbadores sus autorretratos o la serie dedicada a su madre en la que la pone a dialogar con su padre, ya muerto, o la secuencia titulada “La casa que una vez llamé hogar”, donde captura muchos años después el lugar en el que se crió. En esa tanda de instantáneas, como en otras, Michals escribe en los bordes de sus fotografías. “Eso fue un escándalo en los años sesenta”, explica la comisaria, “pues al hacerlo, daba a entender que una foto no era suficiente, que una imagen no valía mil palabras”.

pero aún se aferra a ella para explicar por qué su trabajo y su arte siguen yendo por caminos separados o decir cosas así: “El arte nunca es aburrido. Andy Warhol era aburrido.”

Hay mucho divertimento en la obra de Michals, cuya mirada sobre la muerte, la pobreza, las dudas o el dolor contiene una vitalidad a prueba de infortunios. Le ocurre lo mismo cuando habla de Fred, el hombre con el que comparte su vida desde hace 55 años y que hoy padece alzhéimer y párkinson, enfermedades que vive con tristeza, pero a través de las que ha encontrado una forma de seguir indagando en la mente y el alma humanas. “¿Alguna pregunta?”, inquirió al final de su intervención en Barcelona ante un público apabullado por su magnetismo. “¿Y alguna respuesta? ¡Decidme, por favor, que tenéis alguna respuesta!”, imploró a carcajadas un hombre que ha hecho con sus disparos tantas preguntas. —

SILVIA CRUZ LAPEÑA es periodista.

AGENDA

AGOSTO

CONCIERTO CHRISTINA ROSENVINGE EN MADRID

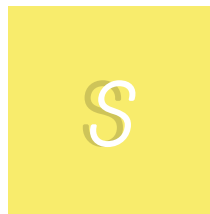
La cantante actuará en el Parque Quinta de los Molinos el 30 de agosto a las 21:00.

CINE KEN JACOBS EN BILBAO

El Museo Guggenheim proyecta, del 27 de julio al 12 de noviembre, el filme en 3D *Los invitados*, de uno de los pioneros del cine experimental de los sesenta.

SOCIEDAD

Alguien que piense en todos



MARIANO GISTAIN

Se podría instituir un cargo nuevo, un puesto de rango mundial que consistiera en que alguien pensara en todos, en los siete mil quinientos y pico habitantes

de la tierra. Una persona que durante un tiempo se dedicara a pensar en todos los demás, sin excepciones ni sectarismos: en la humanidad. Esa persona estaría eximida o liberada de toda actividad, excepto de pensar en los demás: de alguna forma, a niveles imperceptibles, casi moleculares, esa persona sostendría el mundo. Y cierta idea del mundo.

Hay organismos que se ocupan de asuntos mundiales, pero siempre parecen estar al servicio de algo que excede lo personal y no alcanza lo universal. La FIFA, la FIA, la ONU, el FMI, el Banco Mundial... Hay muchos entes globales, pero ninguno que se ocupe de las personas y que no tenga que dar cuentas a nadie, sino a todos.

Sin clasificaciones, sin excluir a nadie por nada. A bulto. En este caso, el bulto, la totalidad de las personas vivas, tiene un valor incalculable, casi mitológico, difícil de calibrar o definir. El valor de pensar en todos a la vez. Saber que, pase lo que pase, hay alguien pensando en todos, incluyéndote a ti, y a mí, cambia la experiencia de humanidad. Le añades otra capa. Un cuidador que vela por la comunidad más allá de lo material y lo espiritual, más acá de todo y de nada, una simple persona comisionada por el mundo para recordarse a sí mismo.

Para esta persona los humanos no serían cuantificables, no podrían ser reducidos a números o estadísticas. Su misión imposible sería pensarlas a to-

das individualmente. Por eso la persona delegada tendría, por definición, el rango o la talla de los héroes que emprendían tareas sobrehumanas.

La fácil analogía nos conduce a los monjes medievales, o los actuales, que rezaban o rezan por todos. En este caso, la oración, si la hubiere, sería atención, pensamiento, mera conciencia: una forma de reconocer a todos, independientemente de todo. No podría ser un robot.

Desde luego que puede haber gente que ya se dedique a eso, incluso profesionalmente: a fin de cuentas pensar en los demás es una de las mejores fórmulas para pulir las manías y dulcificar los estertores del ego; seguro que hay alguien haciendo eso en una celda, o en lo alto de una columna, pero nadie lo sabe, no es oficial. Y una de las funciones de esta institución es precisamente que se reconozca su existencia, el discreto máquetin de la humanidad. Por fin, cada persona sabrá que hay alguien real, un ser humano, que piensa en ella exclusivamente, en ella y en siete mil quinientos y pico millones de personas más.

Reconocer que existen esos miles de millones de personas es la segunda misión del nuevo cargo. Que existen en este mismo momento, en este tiempo-espacio, cada una de ellas con su vida completa, con sus sueños y sus ilusiones. La persona que nos interrumpe —¡nos interrumpe!— en la acera estrecha, entre los carritos, los contenedores, las bicis y los postes de farolas y parquímetros, viene con todo, viene con toda su vida activada, su pasado, su futuro, sus demás.

Cuando había dioses ellos cumplían esta función de pensar en los humanos, incluso a veces se excedían en sus prerrogativas y enviaban plagas o suplicios, o engendraban monstruos como el pobre minotauro; pero nunca gozaron de la unanimidad universal. Una vez abolidos o especializados aquellos dioses, ninguna divinidad, organismo o sociedad anónima alcanza la aceptación de todos los humanos, nadie tiene el reconocimiento y la autoridad para contemplarlos a todos como iguales. El nuevo

cargo institucionaliza la igualdad sin adjetivos, la humanidad. “Como un hombre sin más”, que cantaba Labordeta.

Hasta hace poco no había comunicación global en tiempo real, ahora puedes ver los nacimientos de este minuto en una web, y pronto podremos recorrer el censo por orden alfabético, renta, edad, lugar de empadronamiento... Nuestro tiempo es el más utópico de la historia: cada cual actualiza a diario sus sueños en la palma de la mano: un jersey, agua potable, un continente.

Este nuevo cargo debería recibir su “mandato” de la comunidad mundial, sin excepciones. Hasta Corea del Norte podría aprobar eso. Tal vez la ONU pueda proveer un mecanismo de unanimidad, un leve manto legal o administrativo, ya que esta figura jamás tendrá que ejecutar ni disponer nada. Por supuesto, este cargo debería ser anónimo y breve. Y tener algunos suplentes para los días de fiesta, las bajas o las vacaciones. Este cargo, de sueldo modesto, debería tener contrato legal y seguro médico; y no estar sometido a las vejaciones inherentes a la precariedad, esclavitud, etc.

Una vez aprobada la institución se podría elegir a esta persona por sorteo, siempre según los criterios de la Lotería de Babilonia. Tal vez fuera conveniente proteger al titular bajo un discreto anonimato, pues un cargo de tanta relevancia siempre estaría expuesto al escrutinio de los mercados, a peticiones para hacerse selfies con dignatarios y famosos y a toda clase de servidumbres ajenas a su misión.

Además de recordar la igualdad esta institución mínima podría servir como reclamo de una futura presidencia global, cuando se pueda votar en todas partes, se diluyan las diferencias y se reanude el inaplazable progreso hacia la paz, la fraternidad y la prosperidad. Por algo se empieza. Quizá es mejor empezar por lo fácil, la parte trascendente, espiritual laica, humana, del pequeño máquetin de la igualdad. —

MARIANO GISTAÍN (Barbastro, 1958) es escritor y columnista. Lleva la página web gistain.net